Danna Alexandra Levin Rojo

Licenciada en Historia por la FFyL-UNAM, maestra y doctora en Antropología Social por la London School of Economics and Political Science, Inglaterra. Profesora-investigadora en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, adscrita al programa de maestría en Historiografía de México y al grupo de investigación sobre historia e historiografía. Entre sus publicaciones recientes destacan: "Gaspar de Villagrà" y "Alvar Núñez Cabeza de Vaca", artículos dictaminados que aparecerán en *Historiografía Mexicana*, vol. II. "La creación de una imagen propia. La tradición española" a cargo de Rosa Camelo, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM; "Utopías" en *The Oxford Encyclopedia of Mesoamerican Cultures*, editada por David Carrasco y publicada por Oxford University Press en 2001; y el artículo "The road to Aztlan ends in New Mexico" que aparece en el catálogo de la exposición *The Road to Aztlan. Art from a Mythic Homeland*, organizada por Virginia Fields y Víctor Zamudio en el Museo del Condado de Los Ángeles, 2001.

Resumen

Se exploran en paralelo las implicaciones de dos topónimos coloniales: Nueva España y Nuevo México. Ambos son excepciones en la historia de la nominación del nuevo mundo, en tanto que el primero replica por primera vez el nombre del país colonizador y el segundo una designación indígena. Trataré de demostrar, en el contexto de las relaciones interculturales del siglo XVI, el vínculo histórico que guardan ambas denominaciones con la forma en que los españoles percibieron las realidades sociales y políticas de los pueblos indígenas del Caribe y Mesoamérica.

Palabras clave:

Toponimia, Nuevo México, Nueva España, Caribe, Aztlán, azteca, representación, significado epistemológico.

Abstract

This article explores the implications of two colonial toponyms: New Spain and New Mexico. Both of these are exceptions in the history of the naming of the New World, in that the former copies the name of the colonizing country for the first time and the latter incorporates an indigenous name. Within the context of intercultural relations in the 16th century, the author attempts to demonstrate the historical link between these two names and the way the Spaniards perceived the social and political realities of the indigenous peoples of the Caribbean and Mesoamerica.

Key words:

Toponymy, New Mexico, New Spain, Caribbean, Aztlán, aztec, representation, epistemological significance.

Fecha de recepción:

septiembre de 2002

Fecha de aceptación:

diciembre de 2002

Nuevos nombres viejos lugares: España y México reproducidos como topónimos en el nuevo mundo*

Danna Alexandra Levin Rojo

A principios de noviembre de 1519 un grupo de aproximadamente 400 españoles encabezado por Hernán Cortés¹ entró en México-Tenochtitlan, la capital del llamado imperio azteca. Los intrusos venían de la costa del Golfo de México, donde habían desembarcado en el mes de abril procedentes de Cuba, siguiendo la pista de un país extenso y rico que, de acuerdo con las noticias recogidas por las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba (1517) y Juan de Grijalva (1518), se localizaría al oeste de las recientemente colonizadas "Islas del Mar Océano". El asombro que la ciudad provocó en las huestes cortesianas, así como los sucesos que siguieron a este primer encuentro y culminaron con la sujeción de sus habitantes a la corona

española son bien conocidos. No obstante, pocos estudios han explorado la expresión formal que dicho asombro adquirió en los topónimos entonces formulados para designar a las entidades geográfico-políticas que la colonización incorporó al dominio español. Así, las implicaciones semánticas de los procesos cognitivos concomitantes no han recibido suficiente atención.

En las siguientes páginas recorreremos una vez más el cuadro que contemplaron los maravillados conquistadores de México, pues este trabajo busca relacionar la imagen que éstos se formaron del escenario físico y social que observaron allí con las percepciones previas y posteriores que tuvieron de otras tierras y otros pueblos. Mi propósito al trabajar sobre un conjunto de datos, citas y descripciones tan bien conocidos y tan ampliamente referidos es subrayar el sentido epistemológico de una serie de actos de toponimia realizados en los albores del encuentro entre Europa y la masa continental de América. Me refiero específicamente al hecho de que, al formular el topónimo *Nuevo México* que impusieron muchos años después a una región remota habitada por labriegos moradores de pueblos, los conquistadores españoles tomaron el nombre

* Agradezco el apoyo financiero que la Universidad de Londres (Irwin Trust, Central Research Fund) me proporcionó en el año de 1996 para realizar en España una parte de la investigación de archivo cuyos resultados vierto en el presente trabajo. Agradezco también a la UNAM (DGAPA) por la beca que me permitió realizar el conjunto de dicha investigación como parte de mis estudios de doctorado.

¹ Para una discusión acerca del tamaño de las huestes cortesianas véase Martínez, *Hernán*, 1990, pp. 131-133.

del primer territorio “civilizado”² que sometieron –México– al que previamente habían rebautizado como *Nueva España*. Este hecho es extraordinario en dos sentidos, como resultará evidente más adelante: primero porque ambos topónimos fueron términos completamente novedosos que representaron rupturas significativas en la práctica de la nominación colonial española. Segundo, porque pese a ser aparentemente análogos, en tanto que tienen la misma estructura gramatical (Nuevo Algo), uno encuentra su referente en Europa (España) y el otro lo encuentra en América (México).

² El término “civilización” en su acepción moderna como el orden ideal de una sociedad humana en general, logrado por el ejercicio de la racionalidad, fue acuñado en Francia en la década de 1750 para calificar un estado superior dentro de una escala universal de progreso que sólo unas cuantas sociedades –la francesa entre ellas– habían logrado. Apparently el término fue introducido al inglés alrededor de 1772 y, probablemente, se incorporó al español en el mismo periodo (Long, “Primitive”, 1977, p. 5; Sahlin, *Hou*, 1995, pp. 10-11). Sin embargo nociones similares sobre las condiciones ideales de la vida en sociedad y la existencia de una escala general de perfección humana, en la que los cristianos ocupaban el pináculo, empezaron a desarrollarse entre los europeos occidentales en la Era de los Descubrimientos debido, precisamente, a su confrontación con sociedades amerindias, cuya forma de vida era radicalmente distinta de la propia. Los documentos de ese periodo no hablan de gente más o menos civilizada, pero sí de pueblos con mayor o menor capacidad racional, con o sin gobiernos instituidos, cultos organizados y *policia* (civilidad/urbanidad). Nótese que el término *policia* viene del griego *polis* que, como la raíz griega de la palabra civilización, significa ciudad. Ambos términos, por lo tanto, hacen referencia a sociedades urbanas en las que los “ciudadanos” participan en la discusión y definición de los asuntos públicos.

Como lo demostró Edmundo O’Gorman en su libro *La invención de América* (1984 [1958]), los nombres geográficos, en tanto marcadores que los individuos establecen para relacionarse con el espacio en el que se mueven y el mundo sobre el cual operan, tienen más atributos semánticos de los que solemos reconocer. Su carácter no es meramente descriptivo, ya que no sólo señalan algún rasgo peculiar del paisaje, o conmemoran la verificación de algún suceso; con frecuencia codifican ordenamientos políticos y proyectan sobre el terreno designado toda clase de representaciones de orden social y cósmico. Por esta razón podemos considerar a los topónimos como rastros de operaciones cognitivas, ya que delatan algunos de los mecanismos que la gente despliega para dar sentido al mundo.

El análisis que realizó O’Gorman, sin embargo, se restringe al término *América* y no alcanza el nivel de la toponimia local. Su argumento de que el nuevo mundo no fue “descubierto” sino “inventado” ha sido reformulado en los últimos años –particularmente en el campo de la antropología y los estudios culturales– de acuerdo con la tesis que define al “discurso colonial” como una visión del mundo que se alimenta de las necesidades de dominación. No obstante, la mayoría de los autores que retoman su crítica sólo se interesan por la toponimia en la medida en que ésta parezca expresar estrategias de dominación enunciadas en formulaciones lingüísticas aparentemente inocuas. Aun cuando esta perspectiva es hasta cierto punto iluminadora, asume, engañosamente, que toda relación jerárquica tiene la consistencia de un monólogo. El análisis detallado de la nomenclatura local y regional demuestra, precisamente, que la conclusión

a la que arriban muchos de estos autores en el sentido de que el nuevo mundo se concibió por entero a partir de marcos referenciales europeos³ debe matizarse.

Después de que Hernán Cortés acuñó en 1520 el nombre de Nueva España para el territorio cuyo dominio arrebató al emperador azteca, esta modalidad inédita en la nomenclatura colonial americana, que designaba a las tierras recién descubiertas como recapitulaciones de territorios y localidades europeos (Nueva Galicia, Nueva Vizcaya, Nueva Inglaterra, etc.) se generalizó. A primera vista *Nuevo México*, nombre acuñado entre 1560 y 1580, es simplemente un ejemplo más de esta serie. Sin embargo este topónimo —único en su tipo entre los formulados por europeos en la época colonial— no sólo es una recapitulación de un lugar amerindio, sino que además reproduce parcialmente el nombre de la metrópoli indígena cuya destrucción posibilitó el nacimiento mismo de Nueva España: México-Tenochtitlan.

Este hecho aparentemente trivial, que hasta hoy los historiadores y los antropó-

logos han pasado por alto, debiera obligarnos a revisar las interpretaciones vigentes sobre la experiencia colonial del nuevo mundo. Los conquistadores españoles no vivieron América simplemente como un escenario pasivo sobre el cual desplegar su aparato de dominación; tampoco la modelaron tan sólo a partir de la proyección de su propio imaginario y la aplicación de sus propias categorías. También ellos —y las órdenes de su saber— experimentaron importantes transformaciones conforme su intromisión los llevó a involucrarse con las realidades culturales del mundo nativo.

En efecto, si nos atenemos a lo que indican las fuentes documentales tempranas, los topónimos gemelos *Nueva España* y *Nuevo México* deben considerarse un subproducto del predicamento cultural que la confrontación española con la masa continental de América desató. Juntos reflejan un cambio en el orden del conocimiento, que implicó una transformación radical de los principios epistemológicos sobre los que se codificaba la experiencia. Esto es, una metamorfosis que involucró la formulación transcultural de sistemas híbridos de categorización, cuya naturaleza pone en cuestión la tesis —aun popular en muchos estudios contemporáneos— de que el nuevo mundo se constituyó por la vía del colonialismo como un ser vacío, una página en blanco para la proyección de Occidente.

Cierto que el expansionismo europeo —como afirman Corbey y Leerksen— corrió “de la mano con el intento por someter la extrañeza de *el Otro* no europeo en términos cognoscitivos”.⁴ Sin embargo, ésta

³ Peter Mason, Bernard McGrane, Stephen Greenblatt y Tzvetan Todorov, entre otros, toman ejemplos de la conquista de América para desarrollar una serie de argumentos acerca de la producción de conocimiento como una forma de “imperialismo cultural”, basados en la noción foucaultiana de la “alteridad como defecto”. El punto central de estas teorías es que la identidad occidental descansa en un sistema de categorización bipolar que confronta al “yo” con el “otro” a través una serie de distinciones que corren sobre un eje de valorización positivo-negativo. De acuerdo con esta perspectiva, los europeos definieron al nuevo mundo utilizando nociones de alteridad preestablecidas y, en consecuencia, América se constituyó, identitariamente, mediante un proceso de inferiorización que tuvo por resultado el silenciamiento de su propio discurso.

⁴ Corbey y Leerksen, “Studying”, 1991, p. VIII.

no es toda la verdad. Muchos de los actos lingüísticos que los conquistadores llevaron a cabo en la América continental durante el proceso de apropiación colonial —particularmente los actos de nominación geográfica— revelan la apertura de un espacio de *negociación cognitiva* entre los esquemas de categorización indígenas y los europeos. Negociación que tuvo por raíz la percepción española de una similitud conspicua entre España y Mesoamérica, y por cuyo medio la escena local se transformó, de una realidad subsidiaria que los conquistadores sólo entendían a partir de las referencias de su imaginario cultural, en un referente al que posteriormente habrían de remitirse otras nuevas realidades.

En este sentido la cadena de topónimos que analizo en el presente trabajo es un claro ejemplo de lo que Walter Mignolo ha llamado *semiosis colonial*: una red de procesos semióticos en donde

el significado de un signo ya no depende de su contexto cultural original, [...] sino del conjunto de las relaciones generadas mediante las interacciones comunicativas que se establecen entre sujetos de diferente matriz cultural.⁵

⁵ Mignolo, "Movable," 1994, p. 16. La intención de Mignolo al acuñar este término, que también abarca la noción de "discurso colonial", fue redefinir los límites de un campo de estudio fundamentalmente dedicado al análisis de textos alfabéticos escritos por colonizadores, o al menos en lenguas de pueblos colonizadores. El objeto de esta redefinición fue abrir dicho campo de análisis a un espectro más amplio de interacciones semióticas para incluir las que se dan en lenguas amerindias y formas de escritura no alfabéticas. Su trabajo, por lo tanto, pone el énfasis en el as-

Tradicionalmente el término *Nueva España* se ha interpretado como una señal de apropiación colonial, o bien como la expresión del reconocimiento de una afinidad geográfica general entre Mesoamérica y la península ibérica. Argumentaré en contra de esta interpretación mediante la comparación del topónimo con otros nombres geográficos formulados antes, en el Caribe, y después, en tierra firme de Norteamérica. Quiero demostrar con este análisis que en lugar de una relación de posesión, *Nueva España* denota una relación conceptual de homología entre España y su réplica americana (México central), surgida de la sorpresa de contemplar una forma de alteridad inesperadamente inteligible. Sostengo, así, que el término *Nueva España* y su contraparte, *Nuevo México*, "extrañamente similar", son indicio de un proceso cognitivo dialógico que no sólo hizo posible la comunicación intercultural en el nuevo mundo, sino que a menudo llevó a los conquistadores a sustituir Europa por México como marco referencial de su actuación colonizadora en el territorio indiano.

pecto escriturístico de la *semiosis* colonial; esto es, en los textos y las operaciones de significación que ellos involucran (Mignolo, *Darker*, 1995, pp. 7-9, 336, n. 10). Personalmente utilizo el concepto para describir un conjunto todavía más amplio de interacciones semióticas: aquellas que ocurren a nivel de la categorización misma del mundo sin importar en qué texto específico se encuentren inscritas. La noción de *semiosis* colonial, tal como la define esta cita, constituye una sofisticada herramienta analítica que facilitará nuestra comprensión del fenómeno de la hibridación cultural, mucho más que otros conceptos como "aculturación" o "síntesis cultural".

EL PROCESO DE HOMOLOGACIÓN

Como sabemos, la fundación del Ayuntamiento de Veracruz y la caída de México-Tenochtitlan en poder de Hernán Cortés, el 23 de agosto de 1521, dieron paso a la emergencia de la primera colonia española en América septentrional: Nueva España. Con el tiempo esta colonia se convirtió en el centro político que controlaba todos los reinos y provincias posteriormente establecidos por españoles al norte del territorio que controlaba la gran Tenochtitlan. El nombre que dicha colonia recibió es muy significativo, pues si bien anteriormente se formularon otros que también denotaban una parte del nuevo mundo como una variación de otra en el viejo, el carácter de la referencia inscrita en este topónimo es absolutamente original, tanto como insólito el perfil de la circunstancia en la que se forjó.

De acuerdo con el fraile Juan de Torquemada, fue el capitán Juan de Grijalva quien utilizó el nombre por primera vez durante su recorrido por las costas de Yucatán en 1518.⁶ No obstante, no contamos con evidencias directas que corroboren esta afirmación, pues ni el término ni el episodio reciben mención alguna en el "Itinerario de la Armada..." escrito por el capitán Juan Díaz —el único testimonio contemporáneo que existe sobre aquella expedición.⁷ Así las cosas, el documento

más temprano que registra el uso del término como topónimo es un poder legal que Hernán Cortés firmó en Tepeaca el 6 de agosto de 1520, facultando a Juan Ochoa de Lejalde para actuar como su representante ante las autoridades metropolitanas. Podemos asumir que la formulación del nombre es anterior a esta fecha dado que el documento lo incorpora ya como cosa corriente: "yo Hernando Cortés, capitán general e justicia mayor de la Nueva España del Mar Océano [...] otorgo todo mi [...] poder [...] a vos, Juan Ochoa de Lejalde".⁸ Podemos asumir también que es posterior al 10 de julio de 1519, pues no aparece en la "Carta del Cabildo" que, como se sabe, escribieron los primeros funcionarios municipales que Cortés designó y contiene el relato de los principales acontecimientos ocurridos desde que la armada salió de Cuba hasta que fundó la Villa Rica de la Vera Cruz.⁹

Entre julio de 1519 y agosto de 1520 —periodo en el que Nueva España debió ser nombrada a juzgar por los documentos arriba citados— los españoles atravesaron la porción más urbanizada de Meso-

perdió en el periodo colonial, después de haber sido publicado en italiano (1520), latín (1520) y alemán (1522). Todas las ediciones españolas subsecuentes son traducciones de la primera versión italiana. Véase García Icazbalceta, *Colección*, 1858, t. I, pp. XIII-XVI; Vázquez, *Conquista*, 1988, pp. 31-35.

⁸ Martínez, *Documentos*, 1990-1992, t. I, p. 115.

⁹ Este documento que Cortés mandó al rey junto con una primera remesa de oro y presentes fue llevado por los procuradores Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero. Aunque no está firmado por Cortés (Cortés, *Cartas*, 1960, pp. 3-22) generalmente se considera que suple adecuadamente a la "primera carta de relación", supuestamente perdida, que el conquistador afirmó haber escrito, pero cuya existencia nunca ha podido comprobarse.

⁶ Torquemada, *Monarquía*, 1975 [1615], t. II, p. 23.

⁷ Díaz, "Itinerario", 1988. Capellán en la expedición de Grijalva, Juan Díaz escribió un reporte en 1519, hoy conocido como "Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán, en la India, en el año 1518, en la que fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva". El manuscrito original se

américa, entraron en Tenochtitlan, cautivaron a Moctezuma y fueron violentamente expulsados de la ciudad, circunstancia que resulta crucial para entender la elección toponímica de Cortés, que él mismo explica hacia el final de su “segunda carta de relación”, fechada el 30 de octubre de 1520, después de sufrir la expulsión de Tenochtitlan y antes de comenzar el asedio que le dio la victoria final:

Por lo que yo he visto y comprendido acerca de la similitud que *toda esta tierra tiene a España*, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en *otras muchas cosas que le equiparan a ella*, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del Mar Océano; y así, en nombre de Vuestra Magstad, se le puso aqueste nombre.¹⁰

Es necesario leer entre líneas para comprender plenamente el significado de este pasaje. Contra las apariencias, el carácter extraordinario de la circunstancia que el topónimo codifica no reside en la semejanza meramente geográfica que Cortés hace notar. Más bien debemos buscar la lógica de su decisión nominativa en las “otras muchas cosas” que, a su juicio, hacen de España y “toda esta tierra” dos mundos equiparables. Es decir, las coincidencias políticas, institucionales y civilizatorias que, por representar una buena parte del contenido de la misiva, no se especifican en el párrafo citado.

En efecto, la singularidad del encuentro con México reside en el hecho de que, en contraste con otras experiencias previas en el Caribe, el sentimiento de alienación de los conquistadores ante los pue-

blos nativos estuvo atenuado por un reconocimiento parcial. Algunos rasgos de la vestimenta y el modo de vida indígena guardaban parecido, por más engañoso que éste fuese, con el universo de los objetos y hábitos de los propios españoles. Así lo demuestra la correspondencia personal de Pedro Mártir de Anglería:¹¹ “Desde las Indias han traído para el rey numerosos y magníficos regalos de Coloacana, Olloa y Cozumela, donde [...] se vive conforme a las leyes y civilizadamente.”¹²

Si bien ninguna noticia acerca de las maravillas de México-Tenochtitlan había alcanzado Europa para el momento en que Mártir de Anglería escribió estas líneas (14 de marzo de 1520) —los mensajeros que llevaron los primeros presentes salieron de Veracruz antes de que Cortés

¹¹ Italiano de origen, Pedro Pietro Martire d'Anghiera (Mignolo, *Darker*, 1995, p. 171).

¹² Carta a los marqueses, 14 de marzo de 1520. El uso del término “civilizadamente” proviene de la traducción al español aquí citada (Mártir de Anglería, *Cartas*, 1990, p. 106). Ignoro cuál será la palabra en el texto latino original, pero probablemente se trata de una derivación del término *civitas* que alude a la existencia de un cuerpo político en el sentido clásico, caracterizado esencialmente por la presencia de un sistema de autoridad política anclado en la comunidad urbana y que no se basa en el parentesco, así como por la presencia de un orden jurídico. Por Coloacana Mártir seguramente se refiere a Culúa o Colúa, nombre de una comunidad nahua en el Valle de México que los aztecas, o mexicas, habían adoptado como propio (Culhua-Mexica). Los españoles que exploraron la costa del Golfo de México en 1517 y 1518 lo escucharon repetidamente de boca de los nativos, que lo usaban para referirse al Valle de México, corazón del imperio mexica. Olloa (Ulúa) es una pequeña isla en la costa de Veracruz frente al sitio donde Cortés fundó el primer ayuntamiento de Nueva España, y Cozumela, otra isla en la costa de Yucatán.

¹⁰ Cortés, *Cartas*, 1960, p. 79.

llegara a la ciudad— la cita revela una temprana conciencia del contraste radical que distinguía a los pueblos del Caribe de aquellos que habitaban lo que hoy se conoce como Mesoamérica. Por otra parte, también indica que aun antes de que Tenochtitlan apareciera a la vista, tanto los funcionarios que permanecían en Europa como los soldados que se adentraban en la tierra firme del norte de América consideraban que las sociedades allí “descubiertas” eran comparables a la suya. Como España, tenían una clase gobernante en pleno ejercicio de soberanía, según lo asentó Cortés cuando recaló la autoridad y gran extensión del “señorío” de Moctezuma,

porque en ninguna parte, doscientas leguas de un cabo y de otro de aquella su gran ciudad, enviaba sus mensajeros, que no fuese cumplido su mandado, aunque había algunas provincias enmedio de estas tierras, con quien él tenía guerra.¹³

De igual forma, contaban con una serie de instituciones y rutinas administrativas que superaban el nivel de complejidad aparentemente alcanzado por las estructuras sociopolíticas características de los pequeños cacicazgos que los primeros relatos sobre las islas del Caribe y la costa noratlántica de Sudamérica apenas describen.

Antes de recorrer la costa de Yucatán, los comentarios que los conquistadores hicieron sobre las formas indígenas de organización social y política fueron muy escasos. Aunque las fuentes escritas durante la fase caribeña de la conquista describen con detalle la naturaleza y la geo-

grafía, cuando se trata de las creencias y costumbres de la gente se enfocan sobre las supersticiones, los objetos de culto, la desnudez y el canibalismo. Relatos tempranos como los que escribieron Cristóbal Colón (1492-1495), Pedro Mártir (1504-1530),¹⁴ fray Ramón Pané (c. 1498) y Hernán Pérez de Oliva (1525-1528) mencionan la existencia de “reyes” o “reyezuelos”, “régulos” y “hombres principales” a quienes los indios llamaban *caciques*.¹⁵ No obstante, el hecho de que no definieran mayormente lo que significaba ser rey o cacique es un indicio de la enorme incompreensión que manifestaron frente a los pueblos del Caribe, como resulta evidente en la misiva que Colón escribió el 4 de marzo de 1493, después de arribar a la isla Juana (Cuba):

¹⁴ Una traducción italiana de la primera *Década* de Pedro Mártir se publicó en 1504, aunque el texto original en latín no se imprimió sino hasta 1511 (Sevilla) y después otra vez en 1516, junto con las otras *Décadas*, en un volumen titulado *Decas Oceana* (Alcalá de Henares). En 1530 se publicó una nueva edición en latín como *De Orbe Novo Decades* (véase la introducción al texto de Pané, *Relación*, 1974, p. 11). Para este artículo consulté la traducción española de Millares Carlo (Mártir de Anglería, *Décadas*, 1964-1965).

¹⁵ En la entrada del 17 de diciembre de 1492 del diario de Cristóbal Colón podemos leer que en la isla Española “vieron a uno, que tuvo el almirante por gobernador de aquella provincia, que llamaban *cacique*”. La entrada para el siguiente día dice que “allí supo el almirante que al rey llamaban en su lengua *cacique*”. Citado por José Juan Arrom en una nota a su edición de Hernán Pérez de Oliva, quien a su vez glosa el episodio de la siguiente forma: “Colón consideraba diligentemente la manera de aquellas gentes lo mejor que podía [...] y conoció por señales que había en aquella isla reyes que la gobernaban, uno de los cuales era presente”. Pérez de Oliva, *Historia*, 1991, p. 46.

¹³ “Segunda carta de relación” en Cortés, *Cartas*, 1960, pp. 54.

Y así llegué a un puerto muy bueno, de donde mandé dos hombres a ver la tierra adentro [...] para que pudieran ver y determinar si había ciudades o grandes poblados, y qué tierra era aquella y qué cosas había en ella. Encontraron muchos poblados y gente innumerable, pero ningún gobierno de ninguna importancia [...] Todas estas islas están densamente pobladas con la mejor gente debajo del sol [...] todos, hombres y mujeres andan desnudos [...] Y no he sabido que ninguno tenga propiedad alguna [...] En ninguna parte de estas islas he sabido que sus pobladores tengan religión, o idolatría.¹⁶

La relación entre la ausencia de un orden político propiamente dicho y la falta de religión o idolatría que Colón establece en esta carta, es consistente con el uso exclusivo de la palabra indígena *zeme* para todo tipo de objetos de culto en otros documentos contemporáneos, el cual tiene su correlato en la proliferación de “vasallos”, “señores” e “ídeos” en los testimonios de las tres expediciones que llevaron a la conquista de México, dirigidas respectivamente por Francisco Hernández de Córdoba (1517), Juan de Grijalva (1518) y Hernán Cortés.

Como el fetiche para los portugueses durante las expediciones mercantiles que recorrieron la costa occidental de África en los siglos XVI y XVII, el *zeme* del Caribe escapaba a la definición europea de “ídolo”, que implicaba, según Pietz, “una relación de semejanza icónica con alguna

entidad o modelo inmaterial”.¹⁷ Distinguiéndose de otros objetos de culto por su “irreducible materialidad”, el fetiche era en sí mismo un dios-objeto, la encarnación de una fuerza particular o una propiedad natural.¹⁸ De igual manera, los *zemes* eran objetos de culto directo, no figurativos, que se veneraban para inducir efectos benéficos, como son la salud o las cosechas abundantes, pero no ejercían autoridad moral alguna y su culto no suponía un ritual institucionalizado.¹⁹ Los conquistadores, por lo tanto, vieron en ellos la contraparte ritual de una sociedad desarticulada y carente de leyes.

La imagen de la cultura indígena que trazó Pané en su *Relación*, escrita después de pasar casi tres años entre los taínos de La Española, incluye sólo dos alusiones al orden sociopolítico. Una se refiere a una suerte de “ley” compilada en antiguas canciones que los indios cantaban acompañados por un instrumento que tocaban “los hombres principales”;²⁰ otra describe las reuniones consultivas que estos últimos sostenían en secreto a fin de propiciar visiones por las cuales pudieran prever los resultados de la guerra.²¹

Pérez de Oliva se basó en los relatos de Pané y Pedro Mártir para escribir, en España, su *Historia de la invención de las In-*

¹⁷ Pietz, “Problem”, 1985, p. 7. Véase también “Problem”, 1987.

¹⁸ Pietz, “Problem”, 1985, p. 7.

¹⁹ Véase Bernard y Gruzinski, *Idolatría*, 1992, pp. 190-191.

²⁰ “Tienen su ley compendiada en canciones antiguas, por las cuales se rigen [...] Y cuando quieren cantar sus canciones tocan cierto instrumento [...] y lo tocan los hombres principales”, Pané, *Relación*, 1974, p. 34.

²¹ Pané, *Relación*, 1974, p. 42.

¹⁶ Traducción mía de la traducción al inglés que Margarita Zamora hizo del texto original en un artículo publicado en Greenblat, *New World*, 1993, pp. 3-8.

días. Al igual que el segundo, nunca había estado en América y, con demasiada facilidad, convirtió en reyes a *caciques*, *régulos* y hombres principales; si bien no por ello dejó de señalar claramente que los pueblos del Caribe no conocían las letras ni las leyes y tenían la costumbre por único marco normativo.²²

En Nueva España las cosas eran distintas: edificios construidos con “cal y canto”²³ se levantaban en los pueblos que se veían diseminados por toda la tierra y

²² El pasaje dice literalmente: “Letras ningunas tenían, y por leyes guardaban sola la costumbre.” Pérez de Oliva, *Historia*, 1991, p. 47.

²³ La misma expresión (*edificios de cal y canto*) aparece repetidamente en la correspondencia personal u oficial y los testimonios legales de la época. Su existencia fue una de las primeras cosas que señalaba la “Carta del Cabildo” (Cortés, *Cartas*, 1960, pp. 6, 17) y Francisco de Aguilar, quien participó en el asalto de Mexico-Tenochtitlan, también insistió sobre este punto en su “Relación breve de la conquista de la Nueva España”, escrita alrededor de 1570 (Aguilar, “Relación”, 1988, pp. 161-206). Otros documentos relevantes incluyen el reporte de Juan Díaz (1519) sobre la expedición de Juan de Grijalva que siguió la costa desde Yucatán hasta Veracruz en 1518 (Díaz, “Itinerario”, 1988, pp. 37-57) y una carta del licenciado Alonso Zuazo, fechada en Cuba el 14 de noviembre de 1521 (García Icazbalceta, *Colación*, 1858, t. 1, pp. 358-367). Recuérdese que fue sobre la base de la información recopilada por Grijalva que el gobernador de Cuba decidió mandar a Hernán Cortés para explorar la zona, y que Zuazo, quien ocupaba un puesto judicial en la isla por aquellas fechas, fue uno de los promotores más entusiastas de la empresa. Más tarde pasó a Nueva España y ocupó temporalmente el gobierno de México cuando Cortés estuvo ausente en las Hibueras (García Icazbalceta, *Colación*, 1858, t. 1, p. xvii). También el relato de Pedro Mártir sobre la expedición de Hernández de Córdoba en las costas de Yucatán (1517) menciona los edificios de cal y canto. Véase Wagner, *Discovery*, 1942, p. 33.

la gente se reunía periódicamente en plazas amplias y bien organizadas para “vender y comprar” las cosas que necesitaba.²⁴ Desde luego que también se practicaba la idolatría, pues asomaban por todas partes “torres” reservadas exclusivamente para “propósitos devocionales”.²⁵ No obstante, aun cuando los conquistadores españoles del siglo XVI despreciaban la idolatría por considerarla una forma de religión pervertida, pensaban que sólo podía existir dentro de la civilización —como aseguran Bernard y Gruzinski—, puesto que su aparición se asociaba con la constitución de una autoridad superior, centralizada y hereditaria que, como en el caso del Islam, concentraba el poder reemplazando el desorden con un conjunto de normas para la convivencia social.²⁶

El vocabulario que utilizaron los relatos testimoniales de las tres primeras expediciones españolas en territorio mesoamericano es en sí revelador: fue por primera vez en este espacio geográfico que los españoles describieron a las sociedades nativas usando palabras como *mercado*, *calle o calzada*, *sacerdote*, *ley*, *gober-*

²⁴ Cortés, *Cartas*, 1960, pp. 33, 51-52; Conquistador Anónimo, *Relación*, 1986, p. 147; Díaz del Castillo, *Historia*, 1982, p. 192.

²⁵ Así es como los españoles describían las pirámides, a las que también llamaban mezquitas. La adoración de ídolos en mezquitas es uno de los temas más repetidos en las fuentes del siglo XVI relativas a Nueva España; véanse por ejemplo los fragmentos de crónicas tempranas sobre las primeras incursiones en Yucatán en 1517 reproducidos por Wagner, *Discovery*, 1942.

²⁶ Bernard y Gruzinski, *Idolatría*, 1992, pp. 14-17, 29-30, 40-51, 68-69, 190-191; Gruzinski, *Guerra*, 1994, pp. 20-21.

nador, vasallos, señores y señoríos, aliado, embajador, ciudadano y emperador.²⁷ Así por ejemplo la “Carta del Cabildo” (julio de 1519) aseguraba tener como principal propósito “que vuestras majestades fuesen informados de las cosas de esta tierra [...] y de la gente que la posee, y de la ley o secta, ritos y ceremonias en que viven”.²⁸ Más que el uso indiscriminado de palabras inapropiadas vemos aquí la manifestación semiótica de un reconocimiento de afinidad que permitió a los españoles tener una actitud de mayor apertura frente a las concepciones y formas de vida indígenas, un primer paso hacia el establecimiento de canales de intercomunicación que traspusieron las barreras impuestas por la diferencia cultural.

Paradójicamente, la posibilidad de aplicar sus propias categorías al tipo de sociedad que observaron por primera vez en Yucatán puso a los españoles en mejores condiciones para definir, de manera más precisa, las realidades que habían presenciado con anterioridad. Piénsese en la palabra indígena *cacique* que sirvió durante la fase caribeña de la conquista para designar indistintamente a cualquier individuo que ejerciera funciones de mando, fungiendo prácticamente como sinónimo de “gobernante indígena” en general. Si comparamos el uso que los españoles hi-

cieron del término antes de llegar a Tlaxcala (por ejemplo, “Carta del Cabildo”, y después “Segunda carta de relación de Cortés”),²⁹ veremos que adquirió un significado definido precisamente en Nueva España conforme dejó de aludir, gradualmente, a cualquier tipo de gobernante y se convirtió en el término específico para designar a los jefes locales cuyo poder estaba circunscrito, quedando reservado para identificar el peldaño más bajo en la escala del poder soberano. En este sentido el siguiente pasaje de Bernal Díaz del Castillo es elocuente: “[y les dijimos que] veníamos de lejas tierras y éramos vasallos de un gran emperador que se dice Don Carlos, el cual tiene por vasallos a muchos grandes señores y caciques”.³⁰

Nótese que en este párrafo *emperador*, *señores* y *caciques* están claramente diferenciados como tres posiciones jerárquicas en la escala del poder gobernante. Más aún, de acuerdo con Haskett, la palabra *cacique*, que viene del idioma arawak (*kassiquan* –tener o mantener una casa), podría tomarse como el equivalente de nuestra palabra “líder” y, habiéndola adoptado durante la primera etapa colonizadora del Caribe, los españoles la utilizaron en el centro de Nueva España para referirse a los *tlatoque* (sing. *tlatoani*) y otros miembros de las noblezas indígenas.³¹

En la Nueva España del siglo XVI el gobierno estaba frecuentemente en manos de individuos a los que se describía como *caciques*, afirma Haskett, aunque en muchos lugares su estatus se erosionó gradualmente en razón de la aparición de

²⁷ Por ejemplo la cuarta *Década* y la correspondencia de Pedro Mártir (Mártir de Anglería, *Cartas*, 1990 y *Décadas*, 1964-1965); la segunda carta de relación de Hernán Cortés (*Cartas*, 1960, pp. 31-100); el “Itinerario de la armada”, de Juan Díaz; la “Relación breve”, de Aguilar, y las dos “Relaciones” de Andrés de Tapia y Bernardino Vázquez de Tapia en Vázquez, *Conquista*, 1988, pp. 40, 57, 79, 86, 93, 97, 140, 141, 142, 165, 171, 173, 174.

²⁸ Cortés, *Cartas*, 1960, p. 16.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Citado en Alvar, *Americanismos*, 1970, pp. 55-56.

³¹ Haskett, *Indigenismo*, 1991, p. 133.

contrincantes agresivos provenientes de otras capas sociales más bajas. Así, para mediados del siglo XVII era poco común encontrar a *caciques* ocupando cargos públicos de envergadura. Lo que Haskett no dice, sin embargo, es que ni Moctezuma ni el Cazonci (emperador tarasco) fueron jamás llamados *caciques*, o que al quedar integrados en la administración colonial, los gobernadores/*caciques* del siglo XVI, que habían sido *tlatoque* antes de la conquista, ocuparon, desde el principio, posiciones subordinadas en la jerarquía general del gobierno. Por lo tanto, como concepto en la lengua española después del arribo al centro de México, *cacique* significó –al menos durante los siglos XVI y XVII– “jefe político que ejerce una autoridad subordinada y territorialmente circunscrita”.

La política y la religión fueron los principales ámbitos de la realidad indígena donde el reconocimiento llevó a los españoles a tender un puente sobre lo inconmensurable, precisamente porque eran ellas la piedra angular sobre la que descansaba su identidad. Estos indios, concluye la “Carta del Cabildo”: “viven más política y razonablemente que ninguna de las gentes que hasta hoy en estas partes se han visto”.³²

Casi todos los soldados que formaban las huestes cortesianas habían pasado varios años en las islas de Española y Cuba y estaban ahora asombrados ante la presencia de ciudades fortificadas, edificios de cal y canto y mercados formales, así como por la existencia de ropa de algodón y “libros” escritos en “figuras y caracteres”. El mismo Cortés escribió que “Tlaxcala tiene tan buenos edificios y [...] muy

mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó”, y también que el gobierno de la provincia era

casi como [en] las señorías de Venecia y Génova o Pisa, porque no hay señor general de todos. Hay muchos señores y todos residen en esta ciudad, y los pueblos de la tierra son labradores y son vasallos de estos señores.³³

Más aún, refiriéndose a Churultecal (Cholula) dijo el famoso conquistador:

ni un palmo de tierra hay que no esté labrada, y aun con todo en muchas partes [...] hay mucha gente pobre y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España y en otras partes que hay gente de razón.³⁴

Las sociedades indígenas del centro de México eran, entonces, según la percepción española, esencialmente similares a las del mundo europeo civilizado, aun en algunos de sus aspectos negativos.

Los ejemplos podrían multiplicarse pero basta con los que hemos citado aquí para probar que el asombro de los conquistadores no derivó de contemplar una realidad *absolutamente extraña* por el carácter *irreconocible* de sus objetos y prácticas, sino del hecho de que el orden humano que encontraron era inteligible, o al menos eso pensaron. “En su servicio y trato de la gente de ella”, dijo Cortés sobre Tenochtitlan, “hay la manera casi de vivir que en España, y con tanto concierto y orden como allá”.³⁵

³³ *Ibid.*, pp. 33-34.

³⁴ *Ibid.*, p. 37.

³⁵ *Ibid.*, p. 54.

³² Cortés, *Cartas*, 1960, p. 18.

En conclusión, es la paradoja que representó esta peculiar combinación entre sorpresa y familiaridad lo que hace del arribo a México un evento tan extraordinario —tanto para nosotros como para los individuos involucrados. Dos proposiciones se derivan de esta discusión: primero, que este fenómeno, que yo llamo “paradoja mexicana”, estableció un precedente epistemológico, pues abrió para los conquistadores la posibilidad —antes inconcebible— de aprehender la extrañeza del entorno exótico mediante su asimilación con nociones familiares de orden político y social; y segundo, que el nombre *Nueva España* sirve de “título” o “etiqueta”³⁶ para todo el proceso. Ambas proposiciones contradicen una línea de interpretación reciente que, desde los años noventa, describe persistentemente al vínculo que existe entre el conocimiento de el Otro y la conquista del nuevo mundo como una forma de domesticación conceptual, de manera que las realidades americanas, presuntamente inaccesibles para un observador europeo, se leyeron a la luz de nociones preexistentes de alteridad derivadas de las tradiciones clásica y cristiana.³⁷

Contra esta interpretación quisiera citar el concepto de “identidad doblemente equivocada” (*double mistaken identity*), que James Lockhart desarrolló en dos es-

tudios recientes para definir uno de los mecanismos que están en la base de la interacción cultural entre nahuas y españoles, el cual corrobora la naturaleza de la “paradoja” que describo aquí. De acuerdo con este autor, el contacto masivo entre la población indígena y los inmigrantes españoles llevó aparejados numerosos malentendidos entre los miembros de dos sociedades que se asemejaban superficialmente entre sí. Cada una de las partes en este proceso de contacto asumió que ya conocía, en lo esencial, ciertas estructuras y conceptos de la otra y actuó conforme la convicción de que éstos operaban prácticamente de la misma manera en ambas tradiciones; como consecuencia los dos esquemas culturales se modificaron por mutua influencia, pero también preservaron parcialmente sus rasgos originales.

Así, la conquista española del México central —o para el caso de Nueva España— fue posible, en cierta medida, porque existían coincidencias notables entre las prácticas e instituciones indígenas y las españolas. Las sociedades nahuas precortesianas eran sorprendentemente similares a sus contrapartes europeas, y por esta razón, señala Lockhart, fue posible establecer de inmediato una serie de estructuras aparentemente hispánicas en el territorio que ellas ocupaban.³⁸

³⁶ Tomo el concepto de titulación o etiquetamiento (*entitlement*) de Kenneth Burke, quien lo usó para destacar la capacidad que tiene la acción simbólica para conferir identidades particulares a personas, cosas y situaciones. Burke, “What are”, 1966, pp. 359-379.

³⁷ Dos ejemplos conspicuos de esta literatura son: Mason, *Deconstructing*, 1990, y McGrane, *Beyond*, 1989.

³⁸ Lockhart, *Nahuas*, 1992, p. 445; “Double”, 1999. También Hugh Thomas ha señalado las semejanzas que existían entre la España del siglo xvi y las sociedades precortesianas del centro de México. Thomas, *Real*, 1992, pp. 19-28; *Conquest*, 1993, pp. xi-xiv.

HOMÓNIMOS Y NOMBRES GEOGRÁFICOS EN EL NUEVO MUNDO

Las prácticas de imposición toponímica fueron heterogéneas durante la fase inicial de la conquista de América. A veces los conquistadores simplemente recuperaron lo que supusieron ser nombres aborígenes (Cuba, Paria, Urabá), aunque rara vez se percataron de que las palabras que tomaban por denominaciones territoriales tenían, en realidad, un significado muy diferente. De acuerdo con Alonso de la Cruz, Pedro Mártir y Francisco López de Gómara, por ejemplo, Yucatán es una distorsión de la expresión maya *tectetan*, que significa “no te entiendo”.³⁹ Otra modalidad, que se aplicó tanto en la etapa antillana como en la fase continental y transpánica de la conquista, consistió en usar los nombres de reyes y virreyes españoles: Fernandina para Cuba en honor de Fernando el Católico, las islas Filipinas en honor del rey Felipe II, cabo Mendocino en honor del virrey Antonio de Mendoza, etc., aunque tal vez la divisa más frecuente fue llamar a los lugares de acuerdo con la fecha del santoral (o del calendario litúrgico cristiano) en la que fueron “descubiertos”, o sus habitantes sometidos (San Salvador, Santo Domingo, Trinidad, Corpus Christi). Finalmente, algunos sitios recibieron el nombre de una localidad o provincia europea, según la proveniencia de sus conquistadores, o bien conforme a la percepción de rasgos aislados de similitud geográfica (Cartagena de Indias y Castilla del Oro). Desde una perspectiva

gramatical podemos decir que en ciertos casos un *nombre*, que particulariza, casi se convirtió en un simple *sustantivo*, razón por la cual algunos apelativos como Mérida llegaron a tener dos o más encarnaciones en España y sus colonias.

Por extraño que parezca, no podemos clasificar *Nueva España* como una instancia de la anterior lógica toponímica. El análisis detenido revela una diferencia fundamental entre el valor representativo que las palabras individuales tienen en este nombre y otros que a primera vista parecen equivalentes. *Cartagena de Indias*, por ejemplo, reproduce el nombre de una ciudad ubicada en la península ibérica y lo acompaña con una partícula distintiva que lo califica especificando su localización geográfica (*de Indias*). Lo mismo puede decirse sobre *Castilla del Oro*: el nombre de un territorio situado en el viejo mundo viene seguido por una alusión naturalista (*del Oro*). En ambos casos la partícula que califica al nombre es una descripción más amplia, que sirve para diferenciar al sitio europeo que funge como referente de su homónimo en el nuevo mundo.

El término *Nueva España* opera bajo principios semánticos de diferente orden: una vez más reproduce un nombre europeo, en esta ocasión el de la patria misma, y añade una partícula calificativa (Nueva) para distinguir al original del doble entre los homónimos. Pero “Nueva” sólo permite una distinción entre dos, no más entidades; de manera que en vez de convertirse en *sustantivo*, la palabra España conserva su calidad de *nombre propio*, con dos referentes relacionados casi de manera simétrica. Así, la partícula distintiva que califica al nombre en este topónimo no es ya una glosa descriptiva que modifica su contenido. Por el contrario, el adjetivo

³⁹ Citado en Wagner, *Discovery*, 1942, pp. 33, 42. Thomas (*Conquest*, 1993, p. 91) propone otras expresiones de las que posiblemente se derivó la palabra, como *cinthan*, que significa “eso dicen”.

“Nueva” subraya el significado original de “España” y traslada la totalidad del concepto, intacto, a otra parte. Comparado con un ejemplo como Cartagena de Indias funciona por desplazamiento y réplica más que por modificación. Circunstancia que se deriva del hecho de que la palabra “España” designaba a una entidad política compuesta por una gran variedad de pueblos y comunidades sujetos al mismo poder soberano y articulados bajo un mismo orden jurídico, tal como sucedía con el imperio que Moctezuma gobernaba, según la opinión de los propios intrusos que le dieron el nombre de *Nueva España*.

Debe ahora quedar claro que la relación entre este “nuevo” signo (el topónimo recién acuñado) y su referente (los territorios engarzados bajo sujeción o enemistad en la trama del poderío mexica) no se restringe al juego, previamente generalizado, de señalar los rasgos de similitud y diferencia entre colonia y metrópoli. En este caso el significante, aunque alterado por el nuevo contexto, conserva la connotación de un significado previo, trazando una relación de *homología* entre España y Nueva España. A partir de este momento el parecido limitado, la coincidencia casual o la aceptación del nombre indígena quedaron subordinados a una conceptualización global y llena de consecuencias, capaz de desenvolverse a su vez, y de normar la práctica nominativa en circunstancias futuras.

En efecto, el término *Nueva España* originó la costumbre centenaria de reflejar las soberanías europeas en los nombres de sus dependencias americanas: Nueva Francia, Nueva Inglaterra, Nueva Holanda. La fórmula estableció un código para la reivindicación de los derechos de conquista que las potencias europeas rivales

tendieron a través del océano Atlántico, con el fin de convertir sus actos de ocupación en fundaciones legítimas. Pero no es esta configuración colonialista de la toponimia del nuevo mundo el tipo de normatividad que me interesa poner en relieve. A pesar de su importancia la dejaré de lado para enfocar mi análisis sobre una cuestión diferente.

Más que reconstruir las consecuencias que el término *Nueva España* tuvo para la carrera imperial de las naciones europeas, me interesa desentrañar el predicamento cultural que lo originó. Que su acuñación estableció un código de corte imperialista para la nomenclatura geográfica es innegable, pero esto no significa que fuese originalmente concebido como una señal para marcar la apropiación colonial. En este sentido, existe un agudo contraste entre Nueva España y aquel otro topónimo que formuló Cristóbal Colón para la primera isla que reclamó en favor de la corona: La Española.⁴⁰ Gramaticalmente el término es un adjetivo posesivo que significa, literalmente, “la que pertenece a España”, o “la que viene de España”, en realidad una forma abreviada de “la isla española”.⁴¹ Como lo ha señalado Stuart B. Schwartz:

⁴⁰ En 1502 Cristóbal Colón le escribió al papa las siguientes palabras: “Esta isla es Tharsis, es Cethia, es Ofir y Ophaz e Cipango, y nos la habemos llamado Española.” Citado en Ainsa, *Edad*, 1992, p. 119.

⁴¹ Peter Hulme, “Tales”, 1994, pp. 166-167 discute los posibles significados e implicaciones de este topónimo, arguyendo que además de representar literalmente el acto de toma de posesión mediante la imposición de un nombre, constituye una forma de apropiación de lo ajeno en el ámbito de la lengua a través de la domesticación y, por consecuencia, una herramienta para atraer a lo exótico amenazante al ámbito de lo familiar.

Si nos empeñamos en suponer que los encuentros y las evaluaciones culturales se rigen por una perspectiva de poder y hegemonía, [...] corremos el riesgo de caer en un argumento reduccionista para el cual los objetivos finales determinan, de manera un tanto simplista, las distintas formas culturales del entendimiento.⁴²

Estamos tan familiarizados con las resonancias lingüísticas de la carrera imperial que solemos perder de vista el valor cognitivo intrínseco en las palabras de los conquistadores, cuyo significado damos por descontado suponiendo que son simplemente signos y, por consecuencia, guardan una relación directa y transparente con sus significantes. No obstante, las fuentes documentales dan testimonio de otro desarrollo de orden semántico que corre paralelo al colonialista, pero no se inscribe enteramente dentro de él. Existe por lo menos un ejemplo en el que el fenómeno lingüístico de duplicación parece disonante con respecto a la codificación toponímica de la sujeción indígena que desplegaron las metrópolis europeas. Se trata precisamente de la formulación posterior del topónimo *Nuevo México* y, claro, la constitución semántica de su contenido en el imaginario colectivo. El asunto es relevante porque, si bien este topónimo encaja en el mismo molde que *Nueva España* y otros semejantes, de ninguna manera podríamos interpretarlo como el

simple acompañamiento lingüístico, efecto meramente colateral de un acto europeo de apropiación. En este caso la *homología* no duplica a una metrópoli en su proceso de expansión colonial; más bien reproduce el nombre de una porción del territorio colonizado.

La relación semántica que existe entre *Nuevo México* y *Nueva España* constituye una evidencia sustancial para sostener el argumento de que, en esta parte del continente americano, los españoles concedieron autoridad por lo menos a algunas parcelas del saber indígena. Si dejamos de pensar a la conquista y la dominación colonial como única, o principal explicación de la configuración toponímica americana y más bien interpretamos ambas denominaciones en relación con el proceso cognitivo que les dio forma, obtendremos una imagen distinta de la interacción ocurrida entre las partes involucradas en el encuentro euroamericano (nativos e intrusos).

El nacimiento de una práctica inédita de nomenclatura geográfica conlleva sutiles transformaciones de orden epistemológico. En este caso la metamorfosis implicó, primero, la introducción de un mecanismo de homologación para mediar entre la *sorpres*a y la *certidumbre*, dos elementos que caracterizan a la empresa de Cortés y cuya combinación es única en relación con otras experiencias de exploración previas y posteriores en el nuevo mundo; y en segundo lugar, el uso creciente de analogías en las que las instituciones y costumbres españolas, y también las aborígenes recién conocidas, constituyen el término analogado principal, es decir, sirven como base referencial en la correlación terminológica por la cual se define el objeto de conocimiento “Amé-

⁴² “If one views cultural encounters and evaluations as governed by a perspective of power and hegemony [...] there is the danger of falling into the reductionist argument in which ultimate goals determine cultural understandings in a somewhat simplistic fashion” (Schwartz, *Implicit*, 1994, p. 6). La traducción al español de esta cita es mía.

rica septentrional”.⁴³ Así, después del encuentro con México —y en ello reside precisamente la innovación epistemológica que el término *Nueva España* encarna— la caracterización de lo exótico se hizo con frecuencia a partir de los rasgos centrales que definían la propia identidad.

Revisemos ahora brevemente aquellos aspectos de la economía política del mundo indígena que explican por qué los conquistadores vieron una “Nueva España” en el centro de México, tomando —como afirma Lockhart— lo que era tan sólo una similitud superficial entre dos universos culturales por “una equivalencia sistemática de los conceptos y las instituciones” presentes en cada uno de ellos.

LA TRANSFERENCIA TOPONÍMICA Y SUS FUNDAMENTOS

La sorpresa fue sin duda el primer sentimiento que se apoderó de Hernán Cortés y sus hombres cuando llegaron a México-Tenochtitlan, capital del poderoso imperio que sus informantes indígenas habían descrito desde su desembarco en Veracruz. De acuerdo con sus propios testimonios, el tamaño de la ciudad impresionó particularmente a los conquistadores. Diego de Ordaz, el primer español que contempló el Valle de México desde la cima del volcán Popocatepetl en septiembre de 1519, durante un reconocimiento,⁴⁴ declaró al reintegrarse en la tropa “que venía

espantado de lo que había visto”; esto es: “otro nuevo mundo de grandes poblaciones y torres, y una mar, y dentro de ella una ciudad muy grande edificada, y que a la verdad al parecer, ponía temor y espanto”.⁴⁵ Cortés mismo, describiendo aquel portento en su “Segunda carta de relación”,⁴⁶ dijo que Tenochtitlan era tan grande como Córdoba o Sevilla, a su vez los mayores asentamientos urbanos de la España de aquellos días.⁴⁷ Pero si por su tamaño la ciudad parecía apabullante, su mismo emplazamiento —entre las aguas— no era menos perturbador, como claramente indica el testimonio de Ordaz y también el apelativo efímero de “Venecia la Rica” que algunos europeos utilizaron inicialmente para referirse a ella.⁴⁸

Las extensas descripciones contenidas en la “Segunda carta de relación” que Hernán Cortés envió al rey y los relatos de algunos de sus soldados, como el llamado Conquistador Anónimo, Andrés de Tapia,

pero sólo consiguieron llegar a Texcoco y, por lo tanto, no tuvieron, a diferencia de Ordaz, una vista panorámica de todo el valle. Véase Vázquez de Tapia, “Relación”, 1988, pp. 139-141.

⁴³ Aguilar, “Relación”, 1988, p. 176. Nótese que en el siglo XVI la palabra “espantado” tenía un doble sentido: “asombrado” y “asustado”. La definición de la palabra “espanto” que proporciona el *Diccionario de autoridades* de la Real Academia Española en su edición de 1732 es la siguiente: “Terror, asombro, consternación y perturbación del ánimo, que causa inquietud y desasosiego y altera los sentidos [...] Vale asimismo admiración y asombro, no causado de miedo, sino de reparo y consideración de alguna novedad...”. Real Academia Española, *Diccionario*, 1984.

⁴⁴ Cortés, *Cartas*, 1960, p. 51.

⁴⁵ Martínez, *Hernán*, 1990, p. 54.

⁴⁶ Así es como Pedro Mártir de Anglería llamó a Tenochtitlan en una carta fechada el 7 de marzo de 1521. Mártir de Anglería, *Cartas*, 1990, p. 109.

⁴³ La noción de “término analogado” proviene de la base escolástica del concepto de analogía. Véase Ferrater Mora, *Diccionario*, 1994, t. I, pp. 158-160.

⁴⁴ Los capitanes Pedro de Alvarado y Bernardino Vázquez de Tapia también fueron enviados a ver Tenochtitlan desde la distancia por esas mismas fechas,

Francisco de Aguilar y Bernal Díaz del Castillo nos dan un atisbo de los aspectos que más llamaron la atención de los españoles.⁴⁹ Los conquistadores admiraron la traza de la ciudad con su red de canales y avenidas tanto como las técnicas de cultivo que sus habitantes habían desarrollado. Pero fueron dos aspectos de la economía política los que les causaron mayor asombro: la actividad comercial y las estructuras de prestigio. La amplitud proporcionada de los pasajes que dedicaron en sus escritos a describir los mercados y las reglas de etiqueta de las clases gobernantes atestiguan sin lugar a dudas este hecho. Díaz del Castillo escribió que en la plaza de Tlatelolco sus compañeros quedaron profundamente impresionados al ver a la multitud que estaba reunida allí, comprando y vendiendo toda clase de bienes, y también que algunos soldados que habían recorrido muchos lugares del mundo como Constantinopla y Roma afirmaban que nunca habían visto algo similar.⁵⁰ Igualmente impresionado,

Francisco de Aguilar señaló que el emperador Moctezuma se comportaba en todo momento “con mucha autoridad” y que “su servicio era como de gran príncipe y señor”.⁵¹

El entusiasmo que aflora en la descripción de la plaza principal de Tlatelolco que hace el Conquistador Anónimo muestra que los españoles encontraron los mercados muy atractivos porque tenían resonancias de su propio mundo y podían verse como microcosmos que reflejaban la complejidad de la sociedad indígena en su conjunto; al igual que las rutinas cortesanas de las elites revelaban un alto grado de especialización productiva, con la consiguiente estratificación social que ello implicaba y, por consecuencia, se levantaban como recordatorio de las cosas que habían dejado atrás en la península ibérica:

Hay en la ciudad de Temistitan México grandísimas y bellísimas plazas, donde se venden todas las cosas que se usan entre ellos, y especialmente la plaza mayor que ellos llaman de Tutelula, que puede ser tan grande como sería tres veces la plaza de Salamanca, y todo su entorno está porticado; en esta plaza se reúnen ordinariamente cada día para comprar o vender 20 o 25 000 personas; y el día del mercado [...] de 40 a

lia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto, y tamaña y llena de tanta gente, no la habían visto”. Díaz del Castillo, *Historia*, 1982, p. 192.

⁵¹ Aguilar, “Relación”, 1988, p. 180. Véanse también los comentarios de Andrés de Tapia sobre los banquetes y los palacios de Moctezuma (Tapia, “Relación”, 1988, pp. 105-106) y los pasajes de Cortés (*Cartas*, 1960, pp. 51-56) y el Conquistador Anónimo (*Relación*, 1986, pp. 141-153) sobre Tenochtitlan.

⁴⁹ La segunda carta de Cortés, casi contemporánea de los eventos que narra, es el testimonio más antiguo que tenemos de la llegada de los españoles a Tenochtitlan. Aunque los otros documentos aquí referidos son también de testigos oculares, fueron escritos varios años más tarde y a partir de la memoria. La *Relación* del Conquistador Anónimo, publicada por primera vez en 1556 por Giovanni Batista Ramusio en una versión italiana, fue escrita entre 1531 y 1556 (Conquistador Anónimo, *Relación*, 1986, p. 13); la crónica de Díaz del Castillo data de c. 1555, la “Relación” de Tapia de 1539, y la “Relación”, de Aguilar, de c. 1570.

⁵⁰ El pasaje dice literalmente: “tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo [...] y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla y en toda Ita-

50 000 personas. Tienen su orden, tanto en estar cada mercancía separada y en su propio lugar, como en el vender; porque en un lado de la plaza están aquellos que venden oro; y en otro lado próximo a éste, están los que venden piedras de diversas clases engarzadas en oro con la forma de diferentes plantas y animales. En otra parte se venden cuentas y espejos; en otra, plumas y penachos de todos los colores para adornar y coser a los vestidos, que llevan en la guerra y en sus fiestas. En otra parte tallan las piedras para navajas y espadas [...] En un lado venden los paños y vestimenta de los hombres de diferentes clases, y en otro lado la vestimenta de las mujeres; y en otro se vende el calzado; y en otra parte las pieles curtidas de ciervos y otros animales, aderezos para la cabeza hechos de pelo que usan todas las indias; y en otra el algodón; aquí se vende el grano que ellos usan; y allá el pan de diferentes clases; en un sitio se venden pasteles, y en otro las gallinas, los pollos y los huevos, y allí cerca liebres, conejos, ciervos, codornices, ocas y patos. A continuación, en otra parte se vende el vino de diferentes tipos, y en otra las diferentes clases de hortalizas; la pimienta en esa calle, en otra las raíces y yerbas medicinales que entre ellos las hay infinitas; y en otra las frutas varias; en otra leña para las casas; y allí cerca la cal y al lado las piedras; y finalmente cada cosa está en su sitio y por orden.⁵²

Aun cuando la evidencia arqueológica para el entramado urbano del Valle de México en tiempos precortesianos es escasa y fragmentaria, dado que permanece enterrada bajo los cimientos de la urbe moderna que cubre prácticamente todas

las localidades de la época, es suficiente para demostrar que la mayoría de las descripciones registradas en las crónicas y otros documentos tempranos del siglo XVI son bastante precisas, en lo que se refiere a la extensión de la mancha urbana, su fisonomía, el número de habitantes y su ocupación.

La comunidad académica contemporánea se ha enfrascado en extensos debates demográficos. Las cifras finales que ha propuesto varían mucho; no obstante, al momento de la llegada de Cortés lo más probable es que estuvieran dentro del rango de 200 a 300 000 habitantes.⁵³ En cualquier caso está claro que hacia 1519 Tenochtitlan era la ciudad más grande en todo el continente americano, de un tamaño y densidad demográfica excepcional, incluso para los estándares europeos de la época.⁵⁴

Por otra parte, la cantidad de mano de obra y recursos visiblemente invertidos en la urbe, y la gran cantidad y variedad de bienes suntuarios y productos de consumo que sus habitantes requerían cotidianamente, sobrepasaba la capacidad productiva del valle. Para los españoles esto era tan evidente como para nosotros. Más aún, si bien es probable que no en-

⁵³ Rojas, *México-Tenochtitlan*, 1986, p. 65.

⁵⁴ Thomas, *Conquest*, 1993, pp. 609-614, proporciona un excelente resumen de los debates del siglo XX concernientes a Nueva España, y en particular al Valle de México. Compárese las cifras citadas por Rojas con la población que tenían en la misma época Londres central (Greater London), esto es, Londres con Westminster y los suburbios aledaños (entre 50 y 60 000 habitantes en los años 1520) y París (alrededor de 200 000 habitantes a finales del siglo XVI). Corfield, "Urban", 1990, p. 39; Benevolo, *European*, 1993, p. 140.

⁵² Conquistador Anónimo, *Relación*, 1986, p. 147.

tendieran cabalmente las estructuras sociales y políticas particulares que articulaban las relaciones de dependencia económica entre Tenochtitlan y las provincias que la sostenían —minuciosamente estudiadas por Ross Hassig— si estaban conscientes de que semejante concentración de gente y riqueza suponía alguna especie de control imperial, lo cual corroboraba los profusos reportes que, en este sentido, habían registrado desde su paso por Veracruz. Al respecto comentó Zuazo en una carta fechada el 14 de noviembre de 1521:

Destos señores destas cibdades y villas y lugares, hay unos más principales y otros menos principales que pagan unos a otros tributos [...] e entran en sus cabildos e ayuntamiento, y hacen sus consultas, mayormente en cosas de guerra.⁵⁵

También Hernán Cortés estaba consciente, casi desde su desembarco, de la estructura tributaria que describían algunas listas indígenas como las que posteriormente recogió el *Códice Mendoza*,⁵⁶ y sacó provecho de ello cuando ocupó la posición de cabeza del gobierno. Más que la brillante inteligencia del héroe, esta actitud ilustra el grado de autoridad que llegó a conceder a las instituciones y logros culturales del mundo indígena.

⁵⁵ García Icazbalceta, *Colección*, 1858, t. I, p. 366.

⁵⁶ El *Códice Mendoza*, pintado en la cuarta década del siglo XVI, incluye una lista del tributo recaudado en 400 pueblos entre 1516 y 1518 (Berdan y Anawalt, *Essential*, 1997). Un documento afín, aunque más temprano, es la llamada *Matrícula de tributos* que suele considerarse la principal fuente del propio *Códice Mendoza* (Castillo Farreras, *Estructura*, 1984, pp. 158-159).

Resumiendo: la evidencia examinada hasta aquí demuestra que si bien el parecido que los españoles notaron con la península ibérica fue determinante, desde un principio, en su conceptualización de la parte septentrional de la tierra firme americana, los rasgos de similitud más significativos que se expresan en el topónimo Nueva España no pertenecen al ámbito de la naturaleza, sino a la esfera de la política y la vida urbana, a pesar de la insistencia sobre las similitudes del paisaje, el clima, las plantas y los animales que vemos en la “Carta del Cabildo”, la “Segunda carta de relación de Cortés”⁵⁷ y otros documentos tempranos.

Yucatán, la costa de Veracruz, Tlaxcala y México fueron los primeros lugares en el continente americano donde los españoles encontraron sociedades que, por su organización interna, parecían análogas a la suya en el sentido de contar con un grado tan elevado de especialización en el trabajo y una clase gobernante totalmente divorciada de las actividades productivas. Y sin embargo, la coincidencia que parece más significativa, la que pesó más para considerar a México como otra nueva España fue la existencia de un sistema de dominación cuya estructura parecía extrañamente paralela al orden político de la vieja España, en tanto subordinaba las soberanías locales a las regionales y éstas a su vez al poder central en una sucesiva escala jerárquica que culminaba con el gran *tlatoani* tenochca.

Y es que en efecto, ningún otro pueblo en la América hasta entonces explorada tenía un aparato administrativo que ligara, como el mexica, un número tan grande de localidades separadas por varios

⁵⁷ Cortés, *Cartas*, 1960, pp. 16, 79.

días de distancia a caballo. En ningún momento durante la experiencia previa en el Caribe los conquistadores habían avanzado sobre centros propiamente urbanos, es decir, ciudades con una traza planificada cuyos habitantes llevaran vestimentas elaboradas y vivieran en casas tan permanentes como la piedra y el adobe pueden garantizar, proveídos por un sistema de intercambio comercial y recaudación tributaria altamente sofisticado. No es extraño, por consiguiente, que Juan Díaz concluyera su *Itinerario de la armada...* con la siguiente indicación:

[el capitán Grijalva] ha descubierto otra isla llamada Uloa, en la que [se] han hallado gentes que andan vestidas con ropas de algodón, que tienen harta policía y habitan en casas de piedra, y tienen sus leyes y ordenanzas y lugares públicos disputados para la administración de justicia.⁵⁸

CÍBOLA CONVERTIDA EN UN NUEVO MÉXICO

Como nos enseña la evidencia analizada hasta aquí, y lo confirman los siguientes hechos, nombrar casi nunca es un acto fortuito. Hacia principios de la década de 1560, cuarenta años después de que *Nueva España* quedó labrada en la cantera del México original, una serie de expediciones nuevas se sucedieron con rapidez en lo que podríamos llamar la búsqueda del *Nuevo México*, una entidad cuyos límites eran aun indefinidos y que si bien existía sólo en la imaginación de algunos individuos llegó a materializarse, en los albores del nuevo siglo, en una provincia real.

⁵⁸ Díaz, "Itinerario", 1988, p. 57.

La historia parece repetirse: una vez que los españoles afianzaron su control sobre el centro de México, el ritmo del avance colonizador descendió drásticamente a medida que se adentraban en las estepas y desiertos del norte. Aquí la población era más escasa y se componía, predominantemente, de grupos cazadores-recolectores y agricultores incipientes, los indios *chichimecas*⁵⁹ a quienes los conquistadores llegaron a considerar —por su forma de vida— como bárbaros y groseros salvajes, similares a los caribes y arawaks de las Antillas. No por menospreciarlos, sin embargo, dejaron de atender a sus informes.

Desde 1529 comenzaron a acumularse noticias acerca de la existencia de un conjunto de siete grandes ciudades que se escondían en alguna parte del territorio septentrional. Las casas en aquella provincia —decían estos nuevos indios "caribes"— tenían dos o tres pisos de altura y estaban hechas de piedra, y sus habitantes no sólo vestían ropa de algodón, sino que también eran excelentes mercaderes que comerciaban con oro y turquesa.

Las siete ciudades maravillosas de estos reportes indígenas, que pronto fueron descritas incluso por algunos testigos oculares españoles, no eran sino los asentamientos de los llamados indios pueblo que vivían en lo que hoy es Arizona y Nuevo México. Los españoles se referían a ellas como "las Siete Ciudades de Cibola" desde 1540, cuando el primer europeo

⁵⁹ El término *chichimeca* es complejo y ambiguo. Lo uso en el sentido más difundido que tuvo durante el periodo colonial; es decir, como el nombre genérico que designaba a todos los pueblos nómadas y semi-nómadas que ocupaban las zonas áridas del actual norte de México.

que las contempló, fray Marcos de Niza, regresó de una breve y controvertida expedición de reconocimiento. Alrededor de 1580 llegaron a ser comúnmente conocidas como el *Nuevo México* y fueron finalmente conquistadas por Juan de Oñate en 1598, volviéndose, a partir de entonces, el corazón de la provincia que él mismo estableció bajo el pomposo nombre de *Reino de Nuevo México*.

Pero volvamos unos cuantos años atrás. Hacia la década de 1550 el proceso de colonización en Nueva España había quedado prácticamente estancado, a pesar del enorme aliento de las exploraciones realizadas en dirección noroccidental entre 1529, cuando Nuño de Guzmán empezó su conquista de Nueva Galicia, y 1540-1542, cuando Francisco Vázquez de Coronado exploró, y luego abandonó, la región que por entonces todavía se conocía bajo el nombre de Cibola. La mayoría de los elementos que después iban a ser centrales en el proceso de formulación geográfica que dio lugar a *Nuevo México* fueron reunidos precisamente durante estos trece años de exploración intensa.

Como bien se sabe, con la creación de la audiencia de México en 1527, y el virreinato de la Nueva España en 1535, Hernán Cortés fue desplazado de la posición de autoridad que ocupaba entonces en la administración colonial.⁶⁰ En un intento desesperado por recuperar su perdida influencia se embarcó en nuevas expediciones náuticas con la esperanza de localizar la boca del estrecho de Anian, una supuesta vía marítima que comunicaba el océano Atlántico y el Pacífico y que, por lo tanto, facilitaría el comercio

asiático.⁶¹ No obstante, Nuño de Guzmán, nombrado presidente de la audiencia de México en abril de 1528,⁶² no lo iba a dejar proseguir sus conquistas sin competencia, cuanto menos luego que en 1530 un cautivo lo proveyó con buenas razones para invertir tiempo y dinero en semejante empresa.

Pedro de Castañeda Nájera, soldado en el ejército que Francisco Vázquez de Coronado condujo después a Cibola, atribuyó la expedición de Guzmán hacia el noroeste —que tuvo como resultado la conquista de Nueva Galicia— a su interés en los informes de un indio oxitipar acerca de ciertas ciudades pavimentadas con plata:

En el año y quinientos y treinta, siendo presidente [...] Nuño de Guzmán, ubo en su poder un indio natural del valle o valles de Oxitipar [...] Este indio dixo que él era hijo de un mercader y su padre era muerto, pero que, siendo el chiquito, su padre entrava la tierra adentro á mercadear con plumas ricas [...] y que, en retorno, traia mucha cantidad de oro y plata [...] Y que él fue con él una o dos veçes y que bido muy grandes pueblos, tanto que los quiso comparar con Mexico y su comarca. Y que havia visto siete pueblos muy grandes donde havia calles de platería [...] Debaxo desta notiçia, Nuño de Guzman juntó casi cuatrosientos hombres españoles y veinte mil amigos de la Nueva España [para ir las a buscar].⁶³

Si el incidente descrito en este pasaje en verdad ocurrió, éste sería el reporte más temprano registrado en Nueva Es-

⁶⁰ Gerhard, *North*, 1982, p. 10; Blázquez y Calvo, *Guadalajara*, 1992, p. 18.

⁶¹ Martínez, *Hernán*, 1990, pp. 661-684.

⁶² Blázquez y Calvo, *Guadalajara*, 1992, p. 23.

⁶³ Castañeda Nájera, "Relación", 1992, pp. 63-64.

pañá sobre la existencia de una comarca septentrional maravillosa, si bien el de mayor influencia sólo llegó a la ciudad de México seis años después, con Alvar Núñez Cabeza de Vaca y otros tres sobrevivientes del naufragio de una expedición a la Florida que atravesaron el continente, desde la bahía de Tampa, en Texas, hasta Culiacán, en Sinaloa, buscando rastros de sus compatriotas. Ninguna de las *Relaciones* que escribieron estos hombres menciona una provincia semejante, pero varias cartas del virrey Antonio de Mendoza, y también la crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo, sugieren que en algunas conversaciones informales dijeron haber escuchado el rumor entre algunos de los nativos que los guiaron en su travesía.⁶⁴

Casi inmediatamente después del arribo de los náufragos, Mendoza comisionó la verificación de estos rumores al fraile franciscano Marcos de Niza, quien aseguró en su reporte escrito (1539) que Cibola —como supo que se llamaba la primera ciudad en dicha provincia— no sólo era más grande que la ciudad de México, sino que también era la puerta de otras provincias no menos grandiosas que estaban más adelante.⁶⁵ Sobre esta base se organizó en 1540 una segunda expedición mucho mayor, ya con fines de colonización, que el virrey puso bajo el cuidado del gobernador de Nueva Galicia, Francisco Vázquez de Coronado.

Pese a que esta empresa de colonización (1540-1542) terminó en un fracaso total, y durante casi 20 años las autoridades abandonaron todo intento sistemático

por penetrar en la región, la exploración y conquista del noroeste se retomó alrededor de 1560. Curiosamente, en esos años varios españoles, como el conquistador de Nueva Vizcaya, Francisco de Ibarra, y el fraile franciscano Jacinto de San Francisco, se lanzaron al descubrimiento de lo que llamaron explícitamente *Nuevo México*,⁶⁶ reino escurridizo cuya localización precisa nadie podía determinar, pero al que se atribuyó la identidad de patria original de los antiguos mexicanos. Más tarde, en la década de 1580, una serie de expediciones que se dirigieron a lo que hoy es el suroeste de Estados Unidos, sin autorización oficial, fueron responsables de que Cibola y esta codiciada provincia del imaginario quedaran para siempre identificadas bajo el nombre de *Nuevo México*.⁶⁷

Como argumenté más arriba, estos eventos se vinculan con el arribo de Cortés

⁶⁶ En una crónica sobre la conquista de la Nueva Vizcaya, Baltasar de Obregón, *Historia*, 1924, pp. 39-41, afirma que Francisco y Diego de Ibarra estaban determinados a "descubrir el *Nuevo México*, que en aquellos días se llamaba Copala" y que se consideraba lugar de origen de los "antiguos *culguas mexicanos*". La Relación de lo que descubrió Diego de Ibarra en la provincia de Copala, llamada Topiamé (Archivo General de Indias, Patronato 21, núm. 4, r. 3), escrita en 1563, y la Relación de las cosas de la gobernación de la Nueva Vizcaya e informaciones referentes al servicio de Francisco de Ibarra (AGI, Patronato 20, núm. 5, r. 16), escrita en 1574, proporcionan los testimonios de primera mano correspondientes al caso de los hermanos Ibarra. Para documentar el caso de Jacinto de San Francisco contamos con una carta que éste le escribió al rey, fechada en México el 20 de julio de 1561, en García Icazbalceta, *Nueva*, 1889, t. II, pp. 241-243.

⁶⁷ Para un amplio examen de esta atribución véase mi tesis de doctorado, Levin Rojo, "Way back", 2001.

⁶⁴ *Apud.* Pastor Bodmer, *Armature*, 1992, p. 108; Bandelier, *Journey*, 1922.

⁶⁵ Niza, "Descubrimiento", 1992, p. 158.

al corazón del imperio de Moctezuma en un esquema general de proyección y repetición. Si reducimos a una síntesis esquemática los puntos esenciales de ambos periodos de conquista, el proceso de réplica aparece como sigue: *a)* los españoles se asientan en el Caribe; *b)* vagos rumores sobre la existencia de sociedades más sofisticadas en dirección noroeste se difunden a través de voces indígenas; *c)* los rumores encuentran confirmación empírica en tres expediciones que llegan a la costa de Yucatán, sucesivamente dirigidas por Hernández de Córdoba, Grijalva y Cortés; *d)* durante su recorrido por la costa del Golfo de México estas expediciones recopilan nueva información acerca de otras provincias aún mejores hacia el occidente, donde se localiza el asiento de una potencia “imperial” de gran extensión y los españoles, por lo tanto, se asientan en Veracruz; *e)* la información que los informantes nativos proporcionan en la costa se verifica nuevamente en el centro de México, y *f)* nuevos rumores acerca de ciudades y reinos magníficos en el norte se escuchan entre los indígenas locales convenciendo a soldados, funcionarios y aventureros, que utilizan el término *Nuevo México* cada vez con mayor frecuencia, de intentar una nueva verificación. Sobre decir que los españoles esperaban que esta provincia fuera sustancialmente similar a México (*Nueva España*), casi una réplica, pero tal vez una que sobrepasara ligeramente sus expectativas, como había sucedido ya cuando llegaron por primera vez a Tenochtitlan.

El fenómeno de duplicación se expresa también en las categorías étnicas que los españoles utilizaron en el transcurso del periodo aquí reseñado. Una buena cantidad de documentos de la segunda mitad

del siglo xvi describe a los chichimecas literalmente como “caribes” por definición.⁶⁸ Otra vez una perspectiva gramatical resulta esclarecedora: al norte de Nueva España el etnónimo *caribe* se convirtió en adjetivo, adquiriendo un sentido vago pero claramente negativo que denota la presencia, en el sujeto al que califica, de instintos agresivos y fuera de control, costumbres desordenadas y duplicidad de carácter. Con todo, la correlación taxonómica que esta acepción del término establece entre la población indígena del Caribe y la del septentrión novohispano apunta, más que hacia una simple equiparación, al uso de la analogía como herramienta epistemológica fundamental.

Es difícil saber si los españoles se dieron cuenta de que la cultura de los indios caribe era muy diferente a la de los chichimecas; queda claro, sin embargo, que al tachar de “caribes” a los chichimecas trazaron una analogía que involucraba no sólo a los grupos indígenas comparados (caribe, europeo, chichimeca, mexica), sino también a la experiencia que ellos mismos habían vivido en América. Muchos de los españoles que ocuparon posiciones de mando en las expediciones que, desde la ciudad de México, se dirigieron al norte (o sus parientes) habían participado en la conquista del Caribe, y sin duda percibían similitudes en la circunstancia que ahora experimentaban. Tanto en el Caribe como en el norte de Nueva España, los conquistadores encontraron sociedades a las que consideraban incivilizadas en relación con el mundo que dejaban atrás —España y México-Tenochtitlan respectivamente—, y en ambos casos sus bár-

⁶⁸ Obregón, *Historia*, 1924, pp. 49, 52, 106; Arlegui, *Crónica*, 1851, pp. 174, 195, 204.

baros interlocutores insistían en la existencia de una sociedad mucho más sofisticada en algún sitio más allá.

La serie de repeticiones que se acumulaban ante los ojos de los españoles los llevaron a pensar que, si los rumores recopilados entre los nativos de las islas encontraron confirmación en México-Tenochtitlan, lo mismo podría esperarse de los informes que tanto nahuas como chichimecas ofrecían acerca de las maravillas del norte. Irónicamente, una vez conquistado Nuevo México, resultó un lugar difícil para vivir y no produjo suficiente riqueza de fácil apropiación como para satisfacer la ambición de intrusos ociosos. De modo que aun cuando a finales del siglo XVI se encontró un paliativo temporal para el desencanto en el prospecto de hacer más conquistas militares que ofrecían, al menos, oportunidades para la fama y la rapiña, la creciente frecuencia de los ataques de indios apaches acabó por convencer a los colonos, que habían llegado con Oñate en 1598, de que no valía la pena permanecer allí. Por lo tanto, para 1602 casi todos los españoles empezaron a regresar hacia el sur abandonando la provincia, que se mantuvo hasta la rebelión pueblo de 1680 más bien como un puesto militar de avanzada, con unos cuantos soldados y apenas algunas familias de colonos bajo la autoridad de un gobernador directamente nombrado por la corona.

La incongruencia entre hechos y fantasías presente en la aventura de Nuevo México abre una gran interrogante en torno a las premisas sobre las que descansaba el sueño español de la inagotable riqueza que, supuestamente, se escondía en el norte. Las expectativas que generó la visión

abrumadora del Valle de México resuelven tan sólo una parte del problema, pues para que se tradujeran en proyectos concretos, cuya realización resultara factible, requerían el respaldo de evidencias contundentes que sirvieran de contrapeso a los riesgos implícitos en la persecución de un sueño. He sugerido en otros espacios que Aztlán-Chicomoztoc, el lugar de origen mítico de los mexicas y otros pueblos nahuas del altiplano central, constituye el principal catalizador en la formulación de esta geografía imaginaria,⁶⁹ lo cual sólo fue posible gracias a que los españoles vieron a dichos pueblos como artífices de una civilización similar a la propia.

ARCHIVO

AGI Archivo General de Indias

FUENTES IMPRESAS

-Aguilar, Francisco de, "Relación breve de la conquista de la Nueva España" [c. 1570] en Vázquez, *Conquista*, 1988, pp. 161-206.

-Arlegui, José de, *Crónica de la provincia de nuestro padre San Francisco de Zacatecas* [1737], Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1851.

-Berdan, Frances F y Patricia R. Anawalt (comps.), *The essential Codex Mendoza*, University of California Press, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1997.

-Blázquez, Adrián y T. Calvo, *Guadalajara y el Nuevo Mundo. Nuño Beltrán de Guzmán: semblanza de un conquistador*, Institución Provincial

⁶⁹ Levin Rojo, "Way back", 2001; "Búsqueda", en prensa.

de Cultura Marqués de Santillana, Guadalajara, España, 1992 (Colección Virrey Mendoza, 3).

-Castañeda Nájera, Pedro de, "Relación de la jornada de Cíbola" [1560-1565] en Carmen de Mora (ed.), *Las siete ciudades de Cíbola. Textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez de Coronado*, Ediciones Alfaro, Sevilla, 1992, pp. 61-144.

-Conquistador Anónimo, *Relación de la Nueva España* [c. 1531-1556], Ediciones Polifemo, Madrid, 1986 (El Espejo del Navegante).

-Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, Editorial Porrúa, México, 1960 (Sepan Cuantos, núm. 7).

-Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* [c. 1555], UNAM/Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Universidad Rafael Landívar, México y Madrid, 1982.

-Díaz, Juan, "Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán, en la India, en el año 1518, en la que fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva" [1519] en Vázquez, *Conquista*, 1988, pp. 37-57.

-García Icazbalceta, Joaquín (ed.), *Colección de documentos para la historia de México*, Librería de J. M. Andrade, México, 1858-1866, 2 tomos.

——— (ed.), *Nueva colección de documentos para la historia de México*, Antigua Librería de Andrade y Morales Sucesores, México, 1886-1892, 5 tomos.

-Martínez, José Luis, *Documentos cortesianos*, UNAM/FCE, México, 1990-1992, 4 tomos (Sección de Obras de Historia).

-Mártir de Anglería, Pedro, *Décadas del nuevo mundo por Pedro Mártir de Anglería, primer cronista de Indias* [1530], José Porrúa e Hijos, México, 1964-1965.

———, *Cartas sobre el nuevo mundo*, Ediciones Polifemo, Madrid, 1990 (El Espejo del Navegante).

-Niza, Marcos de, "Descubrimiento de las siete ciudades. Instrucción de don Antonio de

Mendoza y relación de la jornada" [1539] en Carmen de Mora (comp.), *Las siete ciudades de Cíbola. Textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez de Coronado*, Ediciones Alfaro, Sevilla, 1992, pp. 145-166.

-Obregón, Baltasar de, *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España* [1584], SEP, México, 1924.

-Pané, Ramón, *Relación acerca de las antigüedades de los indios* [c. 1498], Siglo XXI Editores, México, 1974.

-Pérez de Oliva, Hernán, *Historia de la invención de las Indias* [1525-1528], Siglo XXI Editores, México, 1991 (Nuestra América, 37).

-Real Academia Española, *Diccionario de autoridades* [1732], Gredos, Madrid, 1984 (Biblioteca Románica Hispánica, vol. v, Diccionarios, núm. 3).

-Tapia, Andrés de, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés, marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la tierra firme del mar océano" [1539] en Vázquez, *Conquista*, 1988, pp. 67-123.

-Torquemada, Juan de, *Monarquía indiana: de los veintinueve libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales*, UNAM, México, 1975-1983, 7 vols.

-Vázquez de Tapia, Bernardino, "Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia" [1542-1546] en Vázquez, *Conquista*, 1988, pp. 131-160.

-Vázquez, Germán (ed.), *La conquista de Tenochtitlan. Juan Díaz, Andrés de Tapia, Bernardino Vázquez de Tapia y Francisco de Aguilar*, Historia 16, Madrid, 1988 (Crónicas de América, 40).

-Wagner, Henry R., *The discovery of Yucatan by Francisco Hernández de Córdoba. A translation of the original texts*, The Cortes Society, Berkeley, 1942 (Documents and Narratives Concerning the Discovery and Conquest of Latin America. New Series, 1).

BIBLIOGRAFÍA

-Ainsa, Fernando, *De la edad de oro a El Dorado. Génesis del discurso utópico americano*, FCE, México, 1992 (Colección Tierra Firme).

-Alvar, Manuel, *Americanismos en la historia de Bernal Díaz del Castillo*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1970 (Revista de Filología Española, anejo LXXXIX).

-Arrom, José Juan, "Estudio preliminar" en Hernán Pérez de Oliva, *Historia de la invención de las Indias*, Siglo XXI Editores, México, 1991, pp. 11-36 (Nuestra América, 37).

-Bandelier, Fanny (ed.), *The journey of Alvar Núñez Cabeza de Vaca and his companions from Florida to the Pacific 1528-1536, translated from his own narrative by Fanny Bandelier together with the report of father Marcos de Nizza and a letter from the viceroy Mendoza*, Allerton Book Co., Nueva York, 1922.

-Benevolo, Leonardo, *The European city*, Blackwell, Oxford y Cambridge, 1993 (The Making of Europe).

-Bernard, Carmen y Serge Gruzinski, *De la idolatría. Una arqueología de las ciencias religiosas*, FCE, México, 1992 (Sección de Obras de Historia).

-Burke, Kenneth, "What are the signs of what? (A theory of entitlement)" en *Language as symbolic action*, University of California Press, Berkeley, 1966, pp. 359-379.

-Castillo F., Víctor, *Estructura económica de la sociedad mexicana según las fuentes documentales*, UNAM, México, 1984.

-Corbey, Raymond y J. Leerssen, "Studying alterity: Backgrounds and perspectives" en Raymond Corbey y J. Leerssen (eds.), *Alterity, identity, image. Slaves and others in society and scholarship*, Editions Rodopi, Amsterdam y Atlanta, 1991 (Amsterdam Studies on Cultural Identity, 1).

-Corfield, Penelope, "Urban development in England and Wales in the sixteenth and seventeenth centuries" en J. Barry (ed.), *The Tudor*

and Stuart town. A reader in English urban history 1530-1668, Longman, Londres y Nueva York, 1990, pp. 35-62.

-Ferrater Mora, J., *Diccionario de filosofía, nueva edición revisada, aumentada y actualizada por el profesor Josep Maria Terricabras*, Editorial Ariel, Barcelona, 1994, 4 tomos.

-Gerhard, Peter, *The North Frontier of New Spain*, Princeton University Press, Princeton, 1982.

-Greenblatt, Stephen, *Marvellous Possessions. The Wonder of the New World*, University of Chicago Press, Chicago, 1991.

———, *New World encounters*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles y Oxford, 1993.

-Gruzinski, Serge, *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a Blade Runner (1492-2019)*, FCE, México, 1994 (Sección de Obras de Historia).

-Haskett, Robert, *Indigenous Rulers. An ethnohistory of town government in colonial Cuernavaca*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1991.

-Hulme, Peter, "Tales of distinction: European ethnography and the Caribbean" en Stuart B. Schwartz (comp.), *Implicit*, 1994, pp. 157-197.

-Levin Rojo, Danna, "A way back to Aztlán: Sixteenth century Hispanic-Nahuatl transculturation and the construction of the New Mexico", tesis de doctorado, London School of Economics and Political Science, Universidad de Londres, Londres, 2001.

———, "La búsqueda del nuevo México: un proceso migratorio en la América española del siglo XVI", en prensa.

-Lockhart, James, *The Nahuas after the conquest. A social and cultural history of the Indians of Central Mexico, sixteenth through eighteenth centuries*, Stanford University Press, Stanford, 1992.

———, "Double mistaken identity. Some Nahuatl concepts in postconquest guise" en *Of*

things of the Indies. Essays old and new in early Latin American history, Stanford University Press, Stanford, 1999, pp. 98-119.

-Long, Charles H., "Primitive Religion" en C. J. Adams (comp.), *A readers guide to the great religions*, The Free Press, Nueva York y Londres, 1977, pp. 1-39.

-Martínez, José Luis, *Hernán Cortés*, UNAM/FCE, México, 1990 (Sección de Obras de Historia).

-Mason, Peter, *Deconstructing America. Representations of the Other*, Routledge, Londres, 1990.

———, "Continental incontinence: Horror vacui and the colonial supplement" en Raymond Corbey y J. Leersen (comps.), *Alterity, identity, image. Slaves and others in society and scholarship*, Editions Rodopi, Amsterdam y Atlanta, 1991, pp. 151-190 (Amsterdam Studies on Cultural Identity, 1).

-McGrane, Bernard, *Beyond anthropology. Society and the Other*, Columbia University Press, Nueva York, 1989.

-Mignolo, Walter D., "The Movable Center: Geographical discourses and territoriality during the expansion of the Spanish empire" en F. J. Cevallos Candau (comp.), *Coded encounters. Writing, gender and ethnicity in colonial Latin America*, University of Massachusetts Press, Amherst, 1994, pp. 15-45.

———, *The darker side of the Renaissance. Literacy, territoriality and colonization*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1995.

-O'Gorman, Edmundo, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*, FCE/SEP, México, 1984 (Lecturas Mexicanas, 63).

-Pastor Bodmer, Beatriz, *The armature of conquest. Spanish accounts of the discovery of America, 1492-1589*, Stanford University Press, Stanford, 1992.

-Pietz, William, "The Problem of the Fetish, I", *Res. Anthropology and Aesthetics*, vol. 9, 1985, pp. 5-17.

———, "The Problem of the Fetish, II", *Res. Anthropology and Aesthetics*, vol. 13, 1987, pp. 23-45.

-Rojas, José Luis de, *México-Tenochtitlan. Economía y sociedad en el siglo XVI*, El Colegio de Michoacán/FCE, México, 1986.

-Sahlins, Marshall, *How "natives" think about Captain Cook for example*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1995.

-Schwartz, Stuart B., "Introduction" en Stuart B. Schwartz (comp.), *Implicit*, 1994, pp. 1-19.

——— (comp.), *Implicit understandings. Observing, reporting and reflecting on the encounters between Europeans and other peoples in the early modern era*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

-Thomas, Hugh, *The real discovery of America: Mexico November 8, 1519*, Moyer Bell Ltd., Nueva York y Londres, 1992 (The Frick Collection. Anshen Transdisciplinary Lectures in Art, Science and the Philosophy of Culture. Monograph, 1).

———, *The conquest of Mexico*, Pimlico, Londres, 1993.

-Todorov, Tzvetan, *The conquest of America. The question of the Other*, University of Oklahoma Press, Norman, 1999.